

grados de inmaterialidad. En el hombre, ser compuesto, el conocimiento es una actividad compuesta. Pensamos, no con nuestra imaginación, sino en nuestra imaginación. Por otra parte, el entendimiento agente es virtual o eminentemente una semejanza de todas las cosas, y necesita ayuda para serlo determinada. En el entendimiento humano no hay nada más que el entendimiento. Cuando el entendimiento agente saca el sentido inteligible de lo dado sensiblemente, y produce un acto de intelección, lo único que se añade al entendimiento son sus propios actos. Lo único que proviene de las cosas es la especificación de estos actos. El hombre no conoce adecuadamente por su sólo entendimiento, ni por sus solos sentidos. El hombre, en su encarnación, esto es, en su finitud, es un ser totalmente espiritual. Hay tres razones fundamentales por las que Sto. Tomás determina la finitud del hombre: 1) por su existencia como creatura, el acto existencial está, en el hombre limitado doblemente, por su esencia y por la materia; 2) por su operación cognoscente, es especial si se la refiere a la comprensión de Dios; 3) por su fin proporcionado, que es la aprehensión del ser, no tal cual se da en su situación presente, verificado en los seres de los que tenemos experiencia, sino como ser sin calificativos, que el hombre no alcanza por la mera abstracción intelectual a partir del fantasma. Es decir, según lo anterior, que para Sto. Tomás estamos abiertos a la totalidad del ser, al infinito que son Dios y el ser. Partimos de una infinita potencialidad, pero estamos ordenados a una infinita actualización; nuestra finitud indica sólo el modo en que avanzamos a nuestro fin. Estamos abiertos a la totalidad del ser; estamos hechos para lo infinito; estamos ordenados a la plenitud de Dios; pero no lo podemos obtener intensiva, comprehensiva, perfectamente, ni con total claridad.

Una obra fecunda y de grata lectura.

OMAR ARGERAMI

*Patristica et Mediaevalia*, Centro de Estudios de Filosofía Medieval, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires, Volumen I, Buenos Aires, 1976, 144 p.

El hecho de que en una nación sin Edad Media, como la nuestra, se realicen estudios medievales, puede parecer un refinamiento sin sentido. Pero quienes se escandalicen de este hecho o bien demuestran acabadamente su ignorancia o están apresados por una mentalidad oscuramente utilitaria. La cultura no es el fruto espontáneo de una conyuntura histórica, sino una hazaña de siglos de reflexión y de trabajo colectivo. Y no es un lujo prescindible, sino la justificación misma de nuestra existencia de seres racionales. Para quienes están afincados en la tierra firme de la realidad, la aparición de este volumen de trabajos de investigación medieval es uno de los signos más auspiciosos que podrían darse para indicar que en nuestra patria las cosas se toman con seriedad y que hay gente que comprende que para encontrar nuestro ser nacional se debe, ante todo, abreviar en las fuentes más auténticas y profundas de nuestra cultura.

El *Centro de Estudios de Filosofía Medieval* ha realizado una labor paciente y callada en el marco de una Facultad estatal sometida a los vaivenes de los intereses políticos de turno. Ha logrado formar un núcleo de investigadores meritorios que sondea, con rigurosa metodología científica y en contacto con los más importantes centros similares europeos y americanos, las ineludibles raíces de nuestro modo de pensar y de ser. Sólo se podrá comprender el mérito de su

tarea si se entiende que el hombre es algo más que una entidad biológica que produce para vivir y que vive para producir, encerrada en el círculo férreo y sin horizontes de la materialidad. La investigación sobre lo que constituye la fundamentación última de nuestra condición de argentinos no es una curiosidad vana ni un lujo extemporáneo, sino una tarea necesaria e insoslayable. Es ésta la dimensión en que se debe ubicar todo juicio sobre el volumen en el que el *Centro* presenta los frutos de su labor.

El contenido de la publicación merecería un análisis que excede los límites de una recensión. María Clara Mosto trata de *Los obstáculos de la libertad según Gregorio de Nyssa*, aclarando previamente la noción de libertad que, a su juicio, es el fundamento de toda la concepción nyssena no sólo del hombre, sino también del mundo y de Dios. Graciela Lidia Ritacco estudia *Los componentes del hombre según el "De hominis opificio" de Gregorio de Nyssa*; aquí la libertad ya no juega el papel decisivo que tenía en el trabajo anterior; habría otros aspectos que resaltan más; los rasgos constitutivos se agrupan en tres series, entrando la autodeterminación en el segundo lugar del primer grupo. Olga María Ibarreta de Ghío se detiene en *La noción de materia en San Agustín* aclarando los conceptos agustinianos de "materia informe" y de "materia formada". Barbardo Carlos Bazán diserta sobre *La unión del intelecto separado y los individuos según Sigerio de Brabante*, llegando a la conclusión de que el primero es una realidad externa al hombre concreto, unida en forma sólo accidental. Omar Argerami —a quien nuestra revista debe valiosas colaboraciones— presenta una edición crítica de la cuestión *De aeternitate mundi* de John Peckham, basada en códices manuscritos florentinos, con una introducción y notas en latín (hecho que los medievalistas mirarán con gozo y hasta —pienso yo— con emoción, tal vez no exenta de melancolía). Un *Fichero de Revistas* recoge una amplia lista de artículos sobre temas de filosofía patristica y medieval publicados en una cincuentena de publicaciones periódicas durante los años 1973-1974. Cierra el volumen una *Crónica* de actividades medievalistas de nuestro país y del extranjero, en el sabroso estilo de la animadora del *Centro* y directora de la nueva publicación, María Mercedes Bergadá.

Una revista como la nuestra, dedicada desde hace más de treinta años a profundizar y difundir el pensamiento de un doctor medieval no puede disimular su alborozo por la aparición de este volumen, deseando vivamente que el esfuerzo realizado tenga el eco que se merece y que las próximas entregas continúen honrando al saber argentino.

GUSTAVO ELOY PONFERRADA

NGUYEN-HONG-GIAO, *Le Verbe dans l'histoire. La philosophie de l'historicité du P. Gaston Fessard*. Coll. Bibliothèque des Archives de Philosophie, Nouvelle série, 16, Beauchesne, París, 1974, 427 pp.

El pensamiento del P. Fessard, cuya fecundidad es conocida (por ej., *La dialectique des Exercices spirituels*, 3 tomos; *De l'actualité historique*, 2 tomos...), no había sido estudiada hasta ahora en toda su amplitud. El autor retoma este pensamiento, a menudo difícil y complejo, en su lugar central, el de la historicidad. Como lo recuerda el cap. 1, la conciencia histórica se ha